

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Año VIII

Barcelona 3 de Junio de 1897

Núm. 341



El maestro A. VIVES

Autor de la ópera *Artús*, recientemente estrenada en el Novedades



Sin título...

—No le den ustedes vueltas—declaró don Gumersindo con su habitual tonillo dogmático:—el vicio, como la virtud, lleva siempre su merecida consecuencia: si las buenas acciones tienen su recompensa, las malas tienen su castigo. Y crean ustedes que eso no marra.

—En el otro mundo, puede...—observó don Hilario.—En este no sé...

—En el otro y en este—insistió con viveza don Gumersindo.—No hay que esperar, señores, el paso á otra existencia mejor, para ver, tarde ó temprano, si no un día otro, premiadas las acciones honradas, y viceversa.

—Sobre este particular—dijo don Práxedes, que hasta entonces no había terciado en el debate,—podría referirles un lance rigurosamente histórico, á cuyos autores he conocido y tratado con intimidad.

—Venga el lance—pronunció don Gumersindo.—Estoy seguro que corroborará mi teoría.

—Allá, por 1877,—empezó don Práxedes—conocí á una familia de modestísimos burgueses. Y digo burgueses, porque si bien el padre se pasaba catorce horas diarias trabajando en unas oficinas particulares, era hombre que no abandonaba en cuanto salía á la calle su levita negra algo raída, su sombrero de copa un si es no es deslucido, y sus guantes de color obscuro, recosidos veinte veces por los dedos incansables y habilidosos de doña Tecla, esposa modelo y dignísima mujer de su casa.

Ese apreciable matrimonio contaba con una hija única. Josefina era la más simpática muchacha que haya conocido en mi vida. Sin ser un prodigio de hermosura, tenía tal gracia en su fisonomía, en su cuerpo esbelto y airoso, en sus ademanes, en toda ella, en una palabra, respiraban sus ojos, su sonrisa, su hablar, tan ingenua bondad, que era imposible verla y tratarla sin sentirse poderosamente atraído hacia ella. Y hacendosa y activa y capaz como ella sola de dirigir el complicado mecanismo de una casa. En fin, señores, un tesoro, un verdadero tesoro. Y crean que más de una vez envidié á Julián Gorreatuyelos, un vizcaíno que era desde tres ó cuatro años á aquella parte el novio oficial, el prometido de la muchacha.

Pareja enamorada como aquella no he visto otra. Julián, que era un mozo de reguiar estampa, muy vehemente y muy vivaracho, comíase á Josefina con los ojos; y ella, no obstante su honestísimo recato, ponía toda su alma en los suyos cuando miraba á Julián. Pues con quererse hasta la médula, como decía el chico, no llegaba todavía la hora de ir

á la vicaría, y más de una vez me tomé la libertad de hablar sobre este punto á doña Tecla, recordándola que las relaciones largas no tienen nada bueno.

—¡Y á quién se lo dice usted, amigo mío!—replicábame ella.—Harto lo sé, y crea usted que me tiene más apurada eso..... ¿Pero qué le vamos á hacer? Hay cosas que se presentan de tal manera, que no sabe uno como enmendarlas. Figúrese usted que cuando Julián pidió relaciones á la niña, hacía medio año escaso que había entrado en Gobernación y se ganaba ya sus seis mil reales. «Dentro de un año, nos dijo, tendré doce mil: mi primo el senador me lo ha prometido formalmente, y antes de tres años me calzaré mi brevíta de diez y seis mil». Y nosotros, claro, lo creímos, porque la verdad es que el primo, ese senador, era carne y uña con Martínez Campos y muy amigo del duque de Sexto. Ya ve usted si eran buenos arrimos... Pero lo que sucede en este pícaro mundo... Le pilló al pobre don Camilo una apoplejía fulminante, y se quedó Julián sin protección ni nada. Y está hoy como estaba, con sus seis mil reales. Dice él que está seguro de que el año que viene le darán un buen destinillo en Extremadura, y que entonces se casará sin esperar un día más. Puede que le asciendan, porque hay un general que siendo teniente fué muy amigo de su padre y que parece se interesa por él; pero entretanto, seguimos de la misma manera y... Vamos á ver ¿qué quiere usted que haga?... ¿decirles á los chicos que se casen? Eso lo encuentro peligroso. Donde no hay harina, todo es mohina... ¡No pasarían los pobres pocos apuros sin más haberes que los veinticinco duros mensuales de él y las manitas de plata de mi Pepa!... ¿Hacerles cortar las relaciones?..... ¡Dios me libre! Estoy segura de que la niña se me moría... En fin, amigo mío, que no hay más remedio que tomar paciencia y esperar que Dios disponga».

En este punto las cosas y cuando acababan de cumplir cuatro años justos y cabales de noviazgo, una noche, mientras pelaban la pava Julián y Josefina en el comedorcito, en donde bajo la tutela maternal deslizábanse sus tranquilos amores, dijo el joven presupestívero en alta voz:

—¿Saben ustedes que hoy he cometido una locura?..... Sí: una verdadera locura. Figúrense ustedes que los pocos ahorrillos que tenía los he invertido en un décimo, un décimo entero de la lotería de Navidad.

Josefina se echó á reír.

—Pues mira—dijo—otra locura igual he cometido yo: ¿te acuerdas de aquellos pañuelos que bordaba para la condesa y que tanto trabajo me costaron?..... Pues hoy me los han pagado y..... nada: he tenido una inspiración, y con el dinero que cobré he comprado también un décimo.

—De modo que no podemos menos de ser ricos... —exclamó muy formal el vizcaíno.

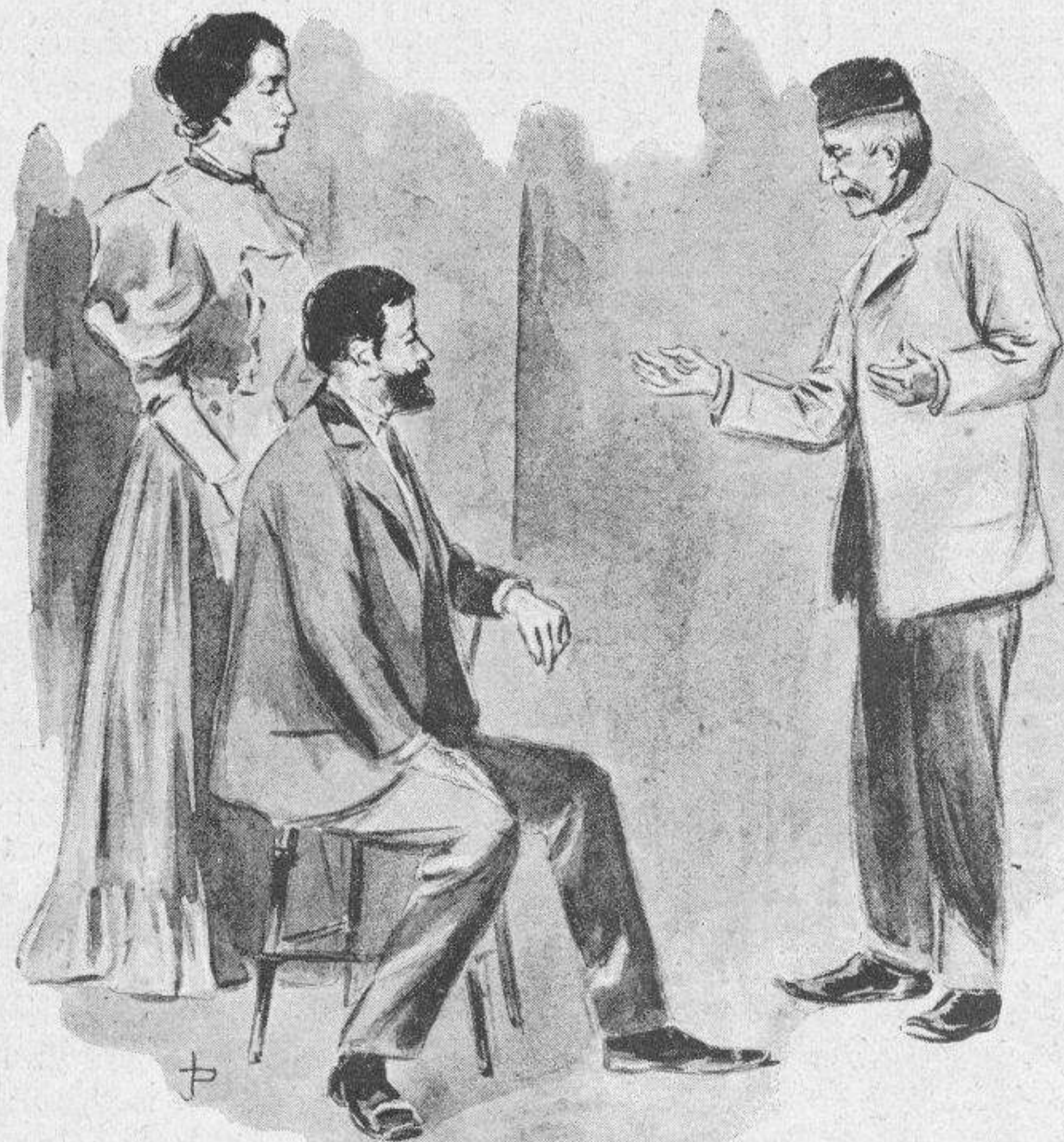
—Eso por supuesto —replicó con su alegre risa la muchacha. — Ya ves tú que si no coges uno de los gordos lo cogeré yo... ¡claro está!

—Y por consiguiente —añadió Julián — estaremos á la recíproca: si te toca á tí el premio mayor, me caso con una mujer rica; si me toca á mí, te casas con un capitalista.

—Lo que os tocará —dijo doña Tecla sonriendo — será un desengaño.

Esta conversación teníanla allá á principios de Diciembre. El 23 por la tarde cayó Julián como una bomba en casa de su novia. Iba jadeante, pálido, desencajado el rostro, pero brillándole los ojos de indescriptible júbilo.

—¿Qué tienes?... ¿qué te pasa?... —exclamó asustada Josefina.



Y él, rompiendo con un esfuerzo el nudo que le oprimía la garganta, gritó:
—¿Qué tengo?..... ¡tengo un premio gordo!..... Tengo ¡veinte mil duros!.....

Pasada la primera semana de enloquecimiento, de felicidad sin nubes, de proyectos estupendos, de ilusiones interminables, observaron Josefina y sus padres que la actitud de Julián cambiaba gradualmente; que su rostro, siempre alegre antes, tornábase sombrío, y que á su gozo expansivo sucedían distracciones, ensimismamientos extraños. Entonces la muchacha le decía entre melancólica y risueña:

—Mira, chico, si el dinero ha de darte ese mal humor valdría más que no hubieses sacado un céntimo.

—Es que no basta tener dinero—replicaba él avergonzado—lo difícil es saberlo colocar.

—Julián, créame usted—intervino el padre—compre papel del Estado: es lo único que tiene garantía, lo único.

Ocho días después recibía Josefina una carta de su novio diciéndole que asuntos imprevistos obligábanle á emprender un viaje largo á Valencia. La carta estaba concebida en un lenguaje tan embarazoso, tan exento de franqueza y de cariño, que la joven sintió su corazón horriblemente oprimido y presintió que entre ella y Julián todo había concluído.

Y no se equivocaba la pobre..... No volvió ya á ver á Julián, y pasados algunos meses, supo que éste, de regreso á Madrid, jugaba con suerte loca á la Bolsa y que se casaba con un dote de cincuenta mil duros.

* * *

—Ahí tienen ustedes explicado el lance—continuó don Práxedes.—En cuanto á la consecuencia.....

—La consecuencia—interrumpió don Gumersindo con un gesto enfático,—la sacaré yo sin temor de equivocarme. Si... diría que Julián casado con otra mujer á quien no amaba ha sido infeliz en su hogar doméstico; que arrastrado por la pasión del juego, ha perdido en la Bolsa su capital y el de su esposa; finalmente, que la simpática Josefina, curada de su primer amor, vive dichosa al lado de un hombre que supo comprender lo que ella valía.

—Pues siento decirle—declaró friamente don Práxedes—que se equivoca de medio á medio. La pobre Josefina, herida en el corazón, languideció durante un año y yo asistí á su entierro.

—¡Pobrecilla!—murmuró don Hilario—¿y ese pillastre, ese Julián?.....

—Bueno, gracias. Hace un mes escaso me lo encontré. Es millonario, tiene una mujer que es una santa y dos hijos robustos, guapos, inteligentes. El respira salud y felicidad por todos sus poros.

—¡Bah!—exclamó muy incomodado don Gumersindo—de fijo que la procesión va por dentro.

—¿Qué procesión?

—La..... la de la conciencia. Julián cometió una mala acción, se portó criminalmente, y crea usted que su conciencia no le dejará andar tranquilo, cualesquiera que sean las apariencias.

—No sea usted lila, don Gumersindo..... La conciencia es como los pies.

—¿Los pies?..... no veo el símil.

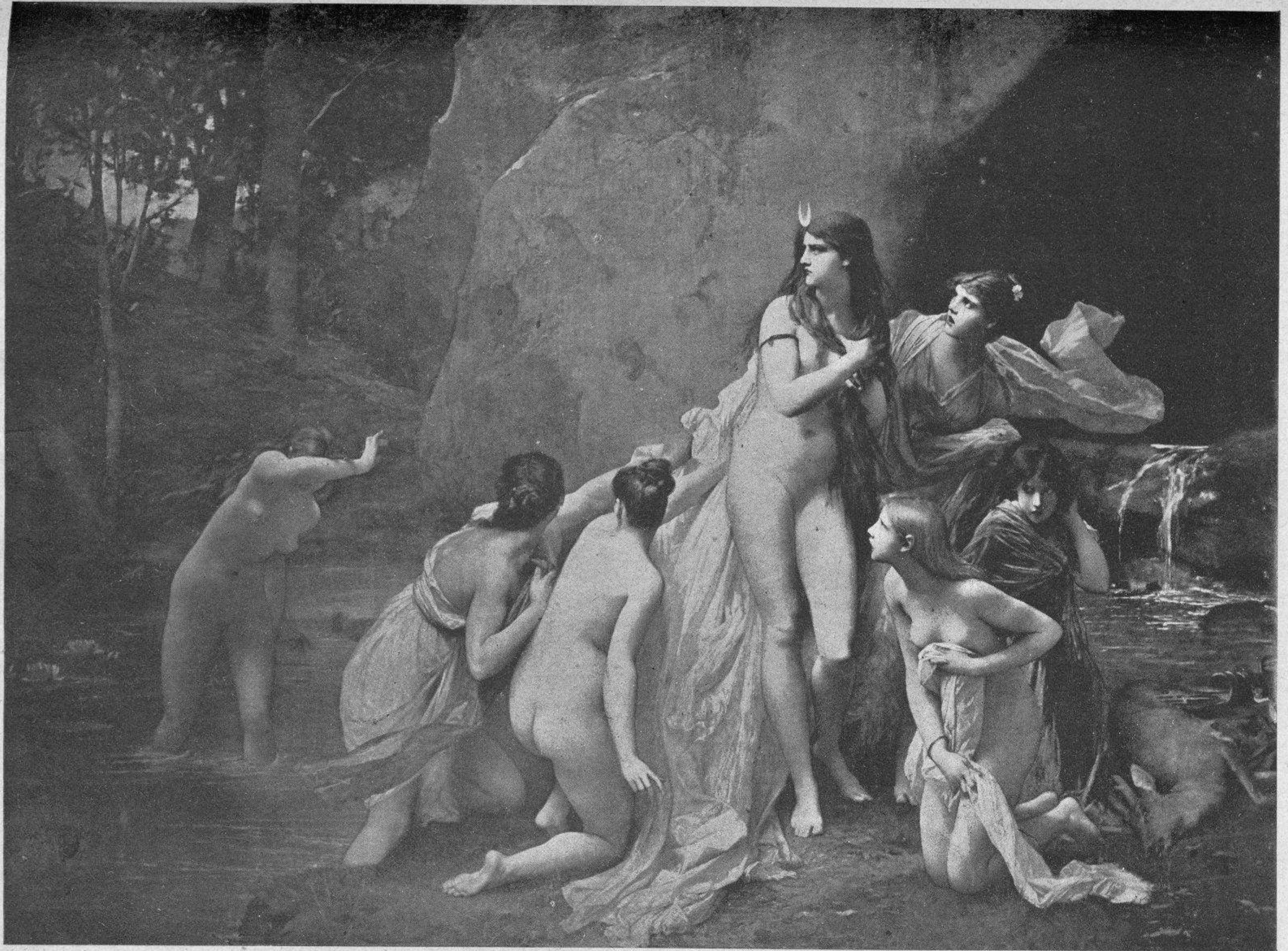
—Muy sencillo. Hay pies que por naturaleza son tan delicados, que la menor apretadura del calzado les hace sufrir. Otros, en cambio, son tan recios, que ni abarcas de hierro les lastiman. Pues lo mismo son las conciencias.

—Y la conclusión general ¿cuál es?—preguntó don Hilario.

—Mi conclusión es que también, á veces, tienen las malas acciones su recompensa.



JUAN BUSCÓN.



J. LEFEBRE. — Diana sorprendida

El ideal del Pinzorro

(Á ROSALÍA)

Recuerdo yo la trágica figura del Pinzorro muy vagamente; y digo trágica, porque su muerte lo fué, no porque la selvática dulzura de su rostro le diese carta de personaje de tragedia. Cuando le ví por primera y última vez en el hospitalillo de sangre que zurcieron de cualquier modo en el tejatillo de los Espieles, vino ya hecho un harapo. No sé con qué motivo se enredó la pelea en las calles: fué una idea que se echó á ellas dispuesta á morir y otra contraria que nos echó á nosotros con orden de pegar.

Tiene la guerra cosas tremendas; pero esta guerra de las calles, la caza de los hombres de esquina en esquina y de plaza en plaza, el caer sobre una barricada á la carrera y con la cabeza baja, es mucho peor que todo lo que sale de paso en campo abierto. La táctica es mentira; es mentira la estrategia; unos y otros hacen oficio de fieras, y hay momentos en que se toma el fusil con ira y vergüenza, olvidándose de todo y dispuestos á gritar, á pesar de la ordenanza:

—Yo no hago esto.

Nació aquel día el motín espontáneamente, como leona provocada que se levanta y

FANTASÍAS FEMENINAS

hiere por instinto de lucha. Pareció que había habido algo de complicidad en las piedras, y como que se salieron de su encaje, se amontonaron fatalmente y formaron barricadas. En estos oleajes revueltos hay espumas de lodo dispuestas para cualquier cosa: las espumas echadizas del club de la Sangre y del comité de los Regeneradores, pusieron sobre las barricadas una bandera. Y el motín tuvo lo que necesitaba para luchar.

Al Pinzorro le cogió el acontecimiento en la Puerta del Sol en su faena de la venta de periódicos. Oyó que se murmuraba, que la murmuración crecía, se hinchaba y pasaba á ser amenaza y la amenaza gritos, y vió que los gritos despoblaban la plaza. Y él se quedó pegado á un farol: nunca había visto nada semejante.

No: ni visto ni oído. Por la calle de Carretas abajo llegó un grupo cantando un himno de acentos vengadores, se detuvo un momento, gritó *¡viva la libertad!* y echó por la calle de Preciados. La masa, al pasar, embebió al átomo, y Pinzorro se fué con ellos: aquello de la



Coquetería

Fot. Reutlinger

libertad le sonaba bien. Al llegar á la plaza de Santo Domingo, en una barricada, le llamó una voz ásperamente timbrada de aguardiente:

—¡Eh, Pinzorro!

Allí había un héroe de la calle de Ministriles, velando por la libertad. Era el tal el tío Alicates, firme sobre el rimero de piedras, en magnífica actitud de reto, con una escopeta de pistón sostenida en la diestra.

—¿A dónde vas tú?—preguntó el tío Alicates, con humos de personaje.

—Pues... con esos,—contestó el Pinzorro.

—Bueno: pues *ú* te vas á casa *ú* te armas, porque van á pegar.

El Pinzorro prefirió armarse, y del arsenal herrumbroso de la barricada salió un sable de caballería más alto que el héroe. Pinzorro se lo echó al hombro y alcanzó al grupo, dejando al tío Alicates en la propia amenazadora y digna actitud en que le encontró.

Cuando salió del cuartel mi batallón, el grupo se había deshecho, pero subsistía fraccionado en las barricadas. ¡Oh, espectáculo recordado con dolor y con ira! Subían los cazadores la calle Ancha en dos filas por las aceras, á la carrera, con los fusiles en la mano y las cabezas agachadas; y aquel comandante nuestro, cuyo nombre he olvidado, pero de cuyo rostro no me olvidaré jamás, por el centro de la calle, á caballo, cogido iracundo al sable con las dos manos, mordiéndose los labios cada vez que caía uno. De lo alto de la plaza de Santo Domingo salía cada segundo la respiración del monstruo por las juntas de las piedras y los huecos de los carros allí arrimados, y nos cegaba y detenía el choque de los perdigones y las postas de los retacos. Calamos bayoneta y apresuramos febrilmente el paso.

Llegamos al fin... Verdad terrible que la tercera parte del batallón se había quedado sobre las piedras de las aceras, pero éramos los suficientes. Creed que nada de la guerra recuerdo más triste y espantoso que aquello. Trepamos por las piedras de la barricada como gatos azuzados, rompiéndonos manos y rodillas, con vértigo de caer al otro lado, despuntando muchos las bayonetas, disparando otros sin orden, llevados por el deseo de matar. Y, ya en el recinto de la barricada, embestimos sobre aquellos locos, que eran grandes á su manera, entre gritos de *¡viva la libertad!* dichos con montaraz energía, clavando á muchos en las puertas cerradas de las tiendas y á otros en la arena removida donde estuvo el empedrado. Distinguí confusamente al Pinzorro de pie sobre la barricada, blandiendo el enorme sable herrumbroso, en la propia actitud aprendida del tío Alicates, y que de pronto soltaba el arma y callaba, cayendo de cabeza sobre nosotros.

Sentí compasión por aquel granuja, y entre el corneta Zarzalejo y yo le llevamos calle abajo, hasta que dimos con un carro de la Sanidad que subía. Allí le metimos de cualquier modo encima de otros tales que juraban como carreteros, y cuando el motín se apagó y murió en el límite de la calle de Toledo, fuí al hospitalillo del tejear de los Espieles.

Allí estaba sobre un petate de campaña, muy pálido, muy serio. Tenía un balazo en la cabeza, toda entrapajada, y una fiebre que metía miedo. El médico no quiso recetarle nada, porque era ya inútil, y el sanitario enfermero me dijo que el muy pillo se moriría aquella tarde.

El comandante visitó el hospitalillo para ver las bajas, y pasó por delante del petate del Pinzorro en el momento mismo en que éste abría los ojos asombrado de verse allí.

—¿De dónde han traído este monigote?—preguntó.

—De la calle Ancha—contestó el sanitario.

El comandante se acercó al chico, que le miraba de hito en hito.

—Pero... ¿tú también?—dijo el comandante, con el acento empañado de lástima.—

Y ¿quién te ha metido á tí en esto?

—El tío Alicates, mi comandante,—dijo el chico, con un hilo de voz.

—Pero... ¿tú sabes siquiera qué es eso de la libertad?

Pinzorro abrió primero mucho los párpados, y contestó poco á poco:

—Yo... no señor, mi comandante.

Y cerró dulcemente los ojos á la luz, apagándose en la eterna noche con una suavidad resignada que hizo estremecer de espanto á los tres hombres de corazón que le mirábamos.

FEDERICO URRECHA.

P. JAZET



P. JAZET 1885

¿Me puedo lavar, patrona?

Redención

En su frente amplísima quedaba la huella de las pasiones que bajo de aquella lápida se habían agitado; en el *rictus* de la boca elocuente palpitaba todavía el gesto de repugnancia que provocó la copa de la vida; en los ojos casi extintos pasaban de vez en cuando fugaces llamaradas que los agrandaban dándoles brillo, recuerdos de lo pasado que estremecían el sér entero de aquel hombre, transfigurándolo; sus manos, de perfecto dibujo, fuertes y bellas á la par, alguna vez se contraían como estrujando una presa que debió escaparse de sus garras ó que pereció bajo su presión formidable.

En la vida de aquel hombre de ciencia y de acción á la par, había una mancha indeleble, de las que no se borran con sangre ni con lágrimas. Pocos la habían visto aquella mancha horrible; pocos que supieran que había caído, porque el hombre la escondió con cuidado y la arrancó de la piel para grabarla dentro del alma.

Pero allí mordía, mordía en lo vivo, como cáncer que devora cuanto halla á su alcance. Todas las horas del día fueron de remordimiento, y en la callada noche, la vigilia y la pesadilla atormentaban el alma del culpable. En la disipación, que nunca fuera su compañera, buscó el olvido, y el olvido no vino. Acudió al tribunal de la penitencia; le absolvió un ministro del Señor, porque él era ministro de un Rey; pero la absolución no vino de lo alto, y persistió la mancha, y el dolor y la vergüenza continuaron su obra de tortura.

¡Días inacabables, noches sin descanso, horas eternas, de las que cada segundo era un siglo, con la visión espantosa ante la mirada atónita y extraviada! ¡Oh impotente rabia contra el torcedor de la conciencia, resabios del temor al castigo que siente la bestia humana, no aplacado por la razón que clama alto y claro que no es posible ni lógico borrar lo que ya está hecho! ¡Oh vida que se empeña en persistir cuando debe suprimirse!

El sabía que ha dicho el Hombre-Dios que no hay pecado irredimible cuando el arrepentimiento llama á las puertas del alma. Y á pesar de sentirlo él grande y profundo, de abominar de la nefanda acción, de sentir por la visión maldita horror más grande que por las del Apocalipsis que torturaron la mente del creyente, el perdón no llegaba, la calma no se restablecía, y de continuo sonaba en sus oídos el *anathema sit*, proferido por una voz implacable.

Era rico, y dió su fortuna á los pobres hasta quedar en la última miseria; era poderoso y abandonó hasta la sombra del poder que ejerciera, marchando á países extraños, donde ejerció los oficios más humildes. La tremenda visión subsistía. Bajo su traje miserable, áspero y punzante silicio desgarró su piel causándole dolor horrible. Pero la sangre viva que corría gota á gota, el nervio desgarrado que le hacía estremecer con la trepidación honda del dolor implacable, no llevaban la paz al alma ni el perdón anhelado.

Un pueblo entero sufría opresión horrenda. Recordó que su voz elocuente sabía concitar la tempestad de la cólera de las muchedumbres, y fuerte y ardiente como en mejores días, arengó á la multitud, la condujo á la pelea y á la victoria. Un pueblo quedaba redimido y él no acertaba á redimir su alma.

Una noche, en plena naturaleza, comprendiendo mejor que nunca su miseria, contemplaba el espectáculo siempre nuevo y grandioso de la vida universal. Iba á pasar sobre un tronco de árbol un riachuelo, cuando un perro herido venía en dirección contraria. El hombre cedió el paso al perro. Casi al mismo tiempo sintió una paz absoluta. Era la redención. En la soledad y por una acción fútil, quedaba perdonado.

A. RIERA.

Cantares

¿Ves botar una pelota?
Pues lo mismo es mi querer;
cuanto más fuerte lo tiras
más alto sube después.

Mira tú si mis razones
serán razones de peso,
que tuve que echar la carta
con dos docenas de sellos.

Tú eres como las sonajas,
yo el parche de la pandera;
yo he recibido los golpes
y eres tú la que te quejas.

Morena, á tí te he querido
y á ninguna más querré,
que yo, como las cerillas,
sólo me enciendo una vez.

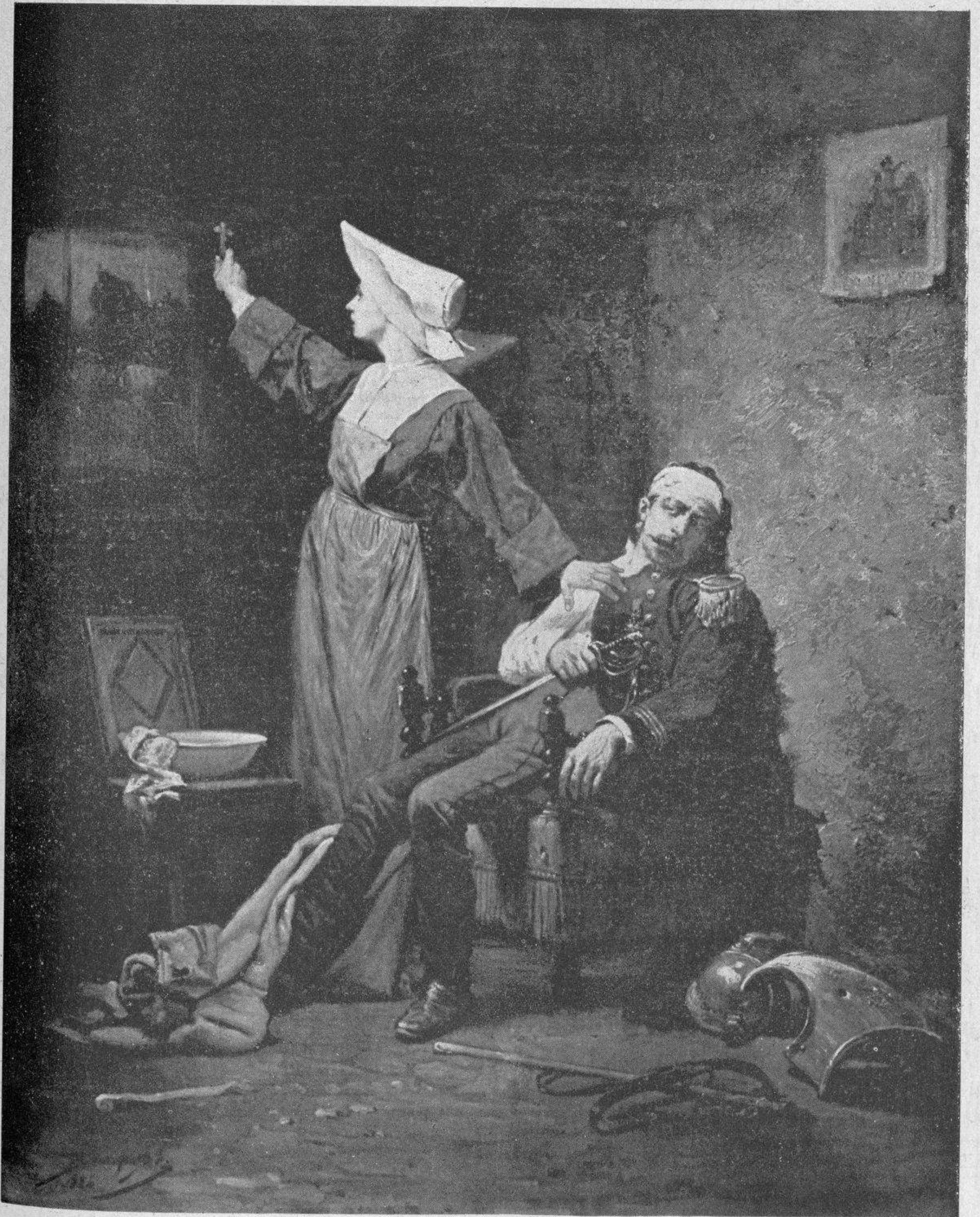
L. ROYO VILLANOVA.

ISABEL GARTNER



La copa improvisada

J. BEAUQUESNE



¡Pax morientibus!

Lenguas de acero

I

Que el Corregidor se casa
lo sabe la villa toda,
que para gastarla en fiestas
se le hace su hacienda poca.

Y amén de que nunca ha sido
Su Señoría persona
que para nada en su vida
busque el recato y la sombra,
de tan preciados encantos
dotó natura á la novia,
que hacerla admirar de todos
debe ser su mayor gloria.

No obstante, no estando nunca
las malas lenguas ociosas,
no falta quien al mirarle
diga con lástima ó mofa,
que no ha sido buen acuerdo
pensar á su edad en boda,
que una cosa es la justicia
y el amor es otra cosa,
y que ya sesenta eneros
pueden ser sobrada sombra
á quien de los veinte abriles
en poco el linde trasmonta.

II

¿Que no es feliz usiría?
Mienten los que tal supongan,
que mujer le ha dado el cielo
tan casta y fiel como hermosa,
y si no los arrebatos
propios de la gente moza,
veneración y cariño
halla en ella á todas horas.

El Corregidor lo sabe,
y tanto al saberlo goza,
que en su semblante, el contento
parece que se desborda.

Y, sin embargo, hay quien dice
que, cuando se halla á sus solas,
de su dicha desconfía,
y con faz aceda y torva
murmura:—«Que ella es honrada,
me consta y me reteconsta;
mas, ¿por qué todos me miran
ó con lástima ó con sorna?»

III

¿Será aprensión de usiría?
No, que la calumnia odiosa,
ni lo más alto respeta
ni lo más puro perdona.

Y aunque servir de modelo
puede la Corregidora,
á las honradas, de honrada,
de virtuosa, á las virtuosas,

lo cierto es que, por la villa
corre ya de boca en boca,
hecha menudos girones,
del Corregidor la honra.

IV

Dudar lo que nadie duda,
ver luz donde todos sombras,
por tarea más que humana,
pocos ó nadie lo logra.

Y por más que tenga usía
conciencia tan quisquillosa,
que ni por nada se tuerce
ni para nadie se dobla,
á solas consigo mismo
más de una vez se reprocha,
no de duro en causa agena,
más sí de blando en la propia.

V

—Hoy la gente de la carda
soberbio desquite toma,
que quien con tantos dió en ella,
va á dar consigo en la horca.

—¿Un Corregidor ahorcado?
Por Dios, que venís de gorja.
Las faltas de la justicia
no las castiga la sogá.

—Pero si en cuellos de hidalgos
los cordeles no se enroscan,
también los filos del hacha
maneja Pedro de Soria.

—¿Y al Corregidor degüellan?
—El falló su causa propia,
y bien es que á hierro muera
quien mató á hierro á su esposa.

—Sí; mas no falta quien diga
que el rey su gracia le otorga.
—Y que no la acepta el reo,
también es cosa notoria.

—¿Y en qué razones se funda?
—En una de mucha mouta;
que hartó comprende, que fuera
aceptar su absolutoria,

confesar que fué justicia
la muerte que dió alevosa
á aquella, que todavía
sin tregua sus ojos lloran.

Y antes que dejar, viviendo,
un resquicio á su deshonra,
con su sangre borrar quiere
toda sospecha injuriosa.

—¡Alma magnánima y grande!
—Y hartó ruines, esas otras
que, haciendo de la calumnia
arma artera y ponzoñosa,

de cieno y de sangre, á un tiempo,
manchan todo cuanto tocan,
con la impunidad que alcanza
aquel que hiere en la sombra.

VI

En derredor de un cadalso
la multitud se amontona,
con lágrimas en los ojos
y una oración en la boca.

El Corregidor ha muerto;
por él las campanas doblan,
é infinitas Cofradías
cantos de *requiem* entonan.

Y hay quien al ver su cabeza,
que, lívida y majestuosa,
de una escarpia suspendida
se alza sobre la picota,

en son de rezo, murmura,
con la faz aceda y torva:
—¡Almas mezquinas y viles,
gozad, al ver vuestra obra!

ANGEL R. CHAVES.



Pilara

Al más simpático de mis amigos, Luís Inchausti.

I

La cara suya parecía el suspiro de una rosa: la llamaban en la aldea la señorita, porque desprendíanse de sus ojos y de su cuerpo tales distinciones, que pugnaban en un todo con lo humilde del traje y con la ascendencia de aquel tío *Maiç prestao*—su padre—un hombrecito que nunca vió cinco duros reunidos en su poder, y que siempre andaba en casa de sus vecinos rebañando unas miajas de «borona» para que en el hogar, á la hora de comer, no faltase la tortuca.

Pero en cambio de la pobreza de caudales, concedióle el cielo un tesoro con su Pilara.

POMPEYO MASANI



Una buena noticia

¿Habría tenido él algún feliz encuentro que, de vuelta   casa, refiere á su mujercita? ¿Habría habido carta del chico? ¡Vaya usted á saber! Lo indudable es que la noticia, si buena para el que la da, es mejor para quien la recibe,   juzgar por la encantadora expresión de alegría que anima el rostro de los dos viejecitos; expresión que, dada la sencillez de la composición y la simpatía del asunto, constituye uno de los encantos del cuadro de Masani que publicamos hoy.

Así lo entendieron los mozos al llegar ésta al punto y hora en que halaga á la mujer oír requiebros. Los más garridos, los más netos, todos los solteros del valle, requirieronla de amores. ¡Si era la chicuca un pimpollo de oro! ¡Si cuando iba á misa los días de fiesta, parecía que la virgen del altar mayor había abandonado su hornacina, encarnándose en Pilara!...

Y á ninguno aceptó la joven: tenía miedo de los ricachos, y asustábale la brutalidad de todos. No hay que ser hipócritas; ella quería un novio—como quieren todas—pero, quería con la misma exquisitez de sentimientos que los que atesoraba su alma, y en verdad, que eso era pedir gollerías á aquellos mocetones que cifraban toda su vanagloria en jugar mejor ó peor á los bolos, ó en llevar á las espaldas un *cuévano* de tantas ó cuantas arrobas de peso.

Eso no le entusiasmaba á la joven, y el tío *Maiç prestao* refunfuñaba, con el egoísmo de la vejez menesterosa:

— Lo que es mi Pilara, al paso que lleva, con sus melindres se me queda para vestir santucos.

Pero, en esto, como en otras muchas cosas, se equivocó el hombre de medio á medio.

Pilara concedió las primicias de su alma á Luco, que en eso de no tener un ochavo, hallábase con su novia al cabo de la calle.

Sorprendió tío *Maiç prestao* el duo amoroso, y declaróse abiertamente enemigo de tales requilorios, que habían de parar en boda; soñaba el padre con un yerno que á él y á su hija viniera á sacarles de aprietos metálicos, no con un Luco así que entraría en casa á juntar la necesidad con las ganas de comer.

Y prohibió las relaciones, determinación que hirió en lo más hondo á la dama, é hizo despertar ambiciones grandes en el ánimo del galán.

— Mira, Pilara, la dijo una tarde: me marcho á América á probar fortuna. Espérame hasta que vuelva para casarme contigo, quiera ó no tu padre... Trabajaré como un negro, y malo ha de ser que no vuelva á la tierruca con algunas onzas en el bolso... Dame un abrazo.

Esta fué la síntesis del discurso, muy sazonado de ternezas, juramentos y suspiros.

Se marchó Luco á realizar el sueño, que es una obsesión en los hijos de la montaña: «pasar el charco», «hacer dinero» y volver convertidos en *indianos*, con gran golpe de brillantes en la pechera.

Y Pilara quedóse inconsolable, esperando á su prometido un año, dos, tres, cuatro ¡una eternidad! Y aquejada de extraña melancolía, que degeneró en tristeza invencible, se la vió á la chicuca empalidecer, púsose flacucha, mustia, y como una flor que se agosta, fué encorvando, encorvando su gentil talle hasta que.

Un día de San Juan, cerca del obscurecer, las campanas de la aldea juntaron sus tañidos á los alegres ecos de las canciones de los mozos y mozas que regresaban de la romería.

¡Pobre Pilara! ¡Pobre señorita!

Desde aquel día, como si la muerte de la hija del tío *Maiç prestao* influyese en la existencia de Quicón, el mozo más rico de la aldea, vióse á éste desmejorar á paso rápido, y el que tan decididor y parlero se mostró siempre, trocóse en mudo y sombrío. Por las tardes, al obscurecer, vagaba sólo por la orilla del mar, y cuando llegaban á sus oídos las vibraciones de la campana de la iglesia, quedábase como atontecido, como loco, y murmuraba sombríamente, contemplando las olas que se estrellaban al pie de las rocas:

— ¡Pilara! ¡Pilara!...

Los del pueblo llegaron á afirmar sentenciosamente que Quicón había perdido un tornillo.

II

Precisamente un día de San Juan, á la hora de obscurecer, encontráronse dos años más tarde á la entrada de la aldea, junto á la orilla del mar, Quicón—que, como de costumbre, vagaba por aquellos sitios—y Luco, que al cabo de seis años ponía el pie por vez primera después de su ausencia en su país natal.

Diéronse un abrazo los jóvenes, y Luco, que venía ansioso de noticias, agarró á Quicón por las solapas de la chaqueta, y, quieras que no, hízole sentar en una peña. Abajo, el mar bramaba.

— Chico, perdona que así me apodere de tí... A bien que tu no tendrás grandes prisas... ¡Tengo tanto que hablarte!... Pero no estés así con las manos vacías: toma un cigarro puro: es de mi cosecha.

Maquinalmente alargó Quicón la diestra, tomó el habano y lo encendió.

— Eh, ¿qué tal?



BOULOGNE-SUR-MER. — La playa



ETRETAT. — Los baños de mar

— Un poco fuerte.

— Ya irás acostumbrándote, hombre: algunos cientos de tabacos hemos de consumir este invierno, al amor de la lumbre, en casa del tío *Maiç prestao*... Oye... ¿y Pilara?...

Quicón tartamudeó una frase ininteligible.

— Seguirá tan guapa, tan señorita, tan fina como siempre, ¿verdad?—continuó Luco, animándose cada vez más, traduciendo en el acento su ansiedad y entusiasmo.— ¡Ay! créeme, Quicón: he pasado al otro lado del charco seis años infernales, pensando sólo en *ella*, ansiando llegara el momento de volver aquí, á la tierruca, para gozar de las mayores felicidades con mi Pilara... ¡Dios ha hecho que venga con algunos miles de pesos!... ¡A ver si ahora el tío *Maiç prestao* me niega la chica!... ¡Hombre, háblame de *ella*; ¿qué haces así, tan parado?... ¡Ni que fuera yo un fantasma y te hablara de cosas del otro mundo! Habla, Quicón; por Dios; contesta, que ese silencio me pone triste sin saber por qué, y el corazón se me achica...

Calló Luco.

Quicón, con la mirada extraviada, miraba á lo lejos. Parecía no prestar atención á lo que le decía su amigo.

Oyóse una campanada triste, luego otra: doblaban á muerto.

Quicón, al escuchar el repiqueteo aquel, se estremeció: sus pupilas tenían un brillo siniestro; maquinalmente llevóse el cigarro á la boca, arrancándole espesas bocanadas de humo, que antes de desvanecerse en el espacio, levantaban entre él y Luco una nube.

— Pero ¿y Pilara?... Dí, contéstame. ¡Quico, háblame! — insistía el «indiano».

— ¡Hablarte! ¡Hablarte!—balbuceó con sarcasmo el aludido, levantándose de la peña y tendiendo la diestra hacia la masa de humo que suavemente empujada por la brisa se alejaba deshaciéndose mar adentro.— ¡Mira! ¡Mira!... Ahí la tienes... Esa es Pilara. ¡Tu Pilara!... (y señalaba con la mano el humo). ¡Imbécil!... ¡Es mía!... ¡No! No es mía: es del infierno... ¿Pilara?... La quería más que tú, la pretendí, quise que fuera mi mujer, que compartiese mis riquezas... pero ella se rió de mí, se burló, me hizo desprecios... Me echó en cara su cariño hacia tí... Y yo, yo... ¿Tu Pilara?... Estúpido... Hoy, hoy hace dos años... un día de San Juan murió... ¡La perdiste! ¡Anda! vé á América á conquistar onzas... Vuelve, vuelve hecho un indiano... ¡ja! ¡ja! ¡ja! ¿Y para qué, hombre, para qué?... Para que encuentres á tu Pilara en el campo santo... ¡Yo la maté, yo!... Por celos... por rabia, ¡porque sí!... Escucha... ¿No quieres que te hable?... Una noche, mucho tiempo después de tu marcha, me presenté á ella disfrazado... y la enseñé una carta diciéndola que era tuya, y que en ella me anunciabas tu boda con una cubana muy rica, y que maldito si te acordabas de la hambrona de Pilar ni del imbécil del tío *Maiç prestao*... Ella lo creyó á pies juntillas ¡inocente!, y cayó en mis brazos privada de sentido... ¡Te quería mucho Pilara!... Desde aquella noche no levantó cabeza y fué poniéndose mustia, tristoná, y... murió. ¡Murió, yo la ví! Parecía una santuca, así, con las manos cruzadas al pecho y sonriéndose, sonriéndose... ¡Tu Pilara!...

Y Quicón pegaba atroces chupetazos al cigarro, y siempre extendidas las manos hacia el humo, como si en él se encerrase una imagen, fué andando pasito á pasito detrás de la nubecilla azulada que escapábase en espiral hacia el mar.

— ¡Yo! ¡Yo he sido, Pilara! — exclamaba á grandes voces.— ¡No te acerques!... No me lleves... Soy muy desgraciado... He sentido en este tiempo un miedo horrible... Todas las tardes, al anochecer, has estado junto á mí llamándome: ¡Asesino! ¡Asesino!... ¿Asesino?... ¡Lo soy! pero, ¡perdóname!... ¡Te quería tanto!...

Quicón había llegado al borde de la peña: avanzó un paso más y cayó de bruces al agua: el estrellamiento de su cuerpo, caído de tan grande altura, y sus ayes agónicos, uniéronse á la imprecación de infinita pena de Luco, á los tañidos de la campana de la iglesia y á los ecos de las canciones de los mozos y mozas de la romería que regresaban á la aldea...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

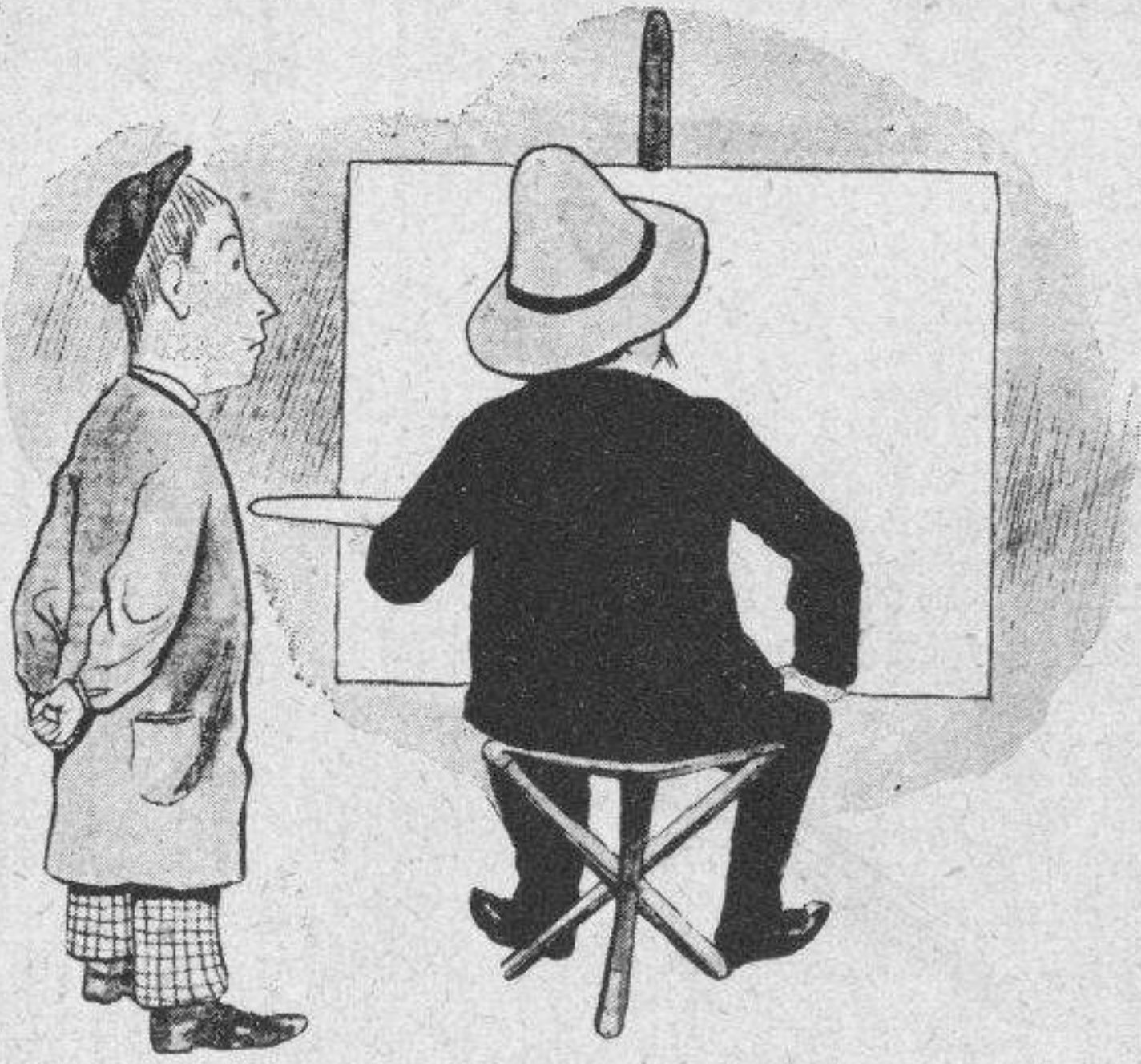
Á una hermosa mamá

Para darte á conocer
que te profeso cariño,
quiero apadrinar al niño
que te acaba de nacer;
pero, amiga, has de saber

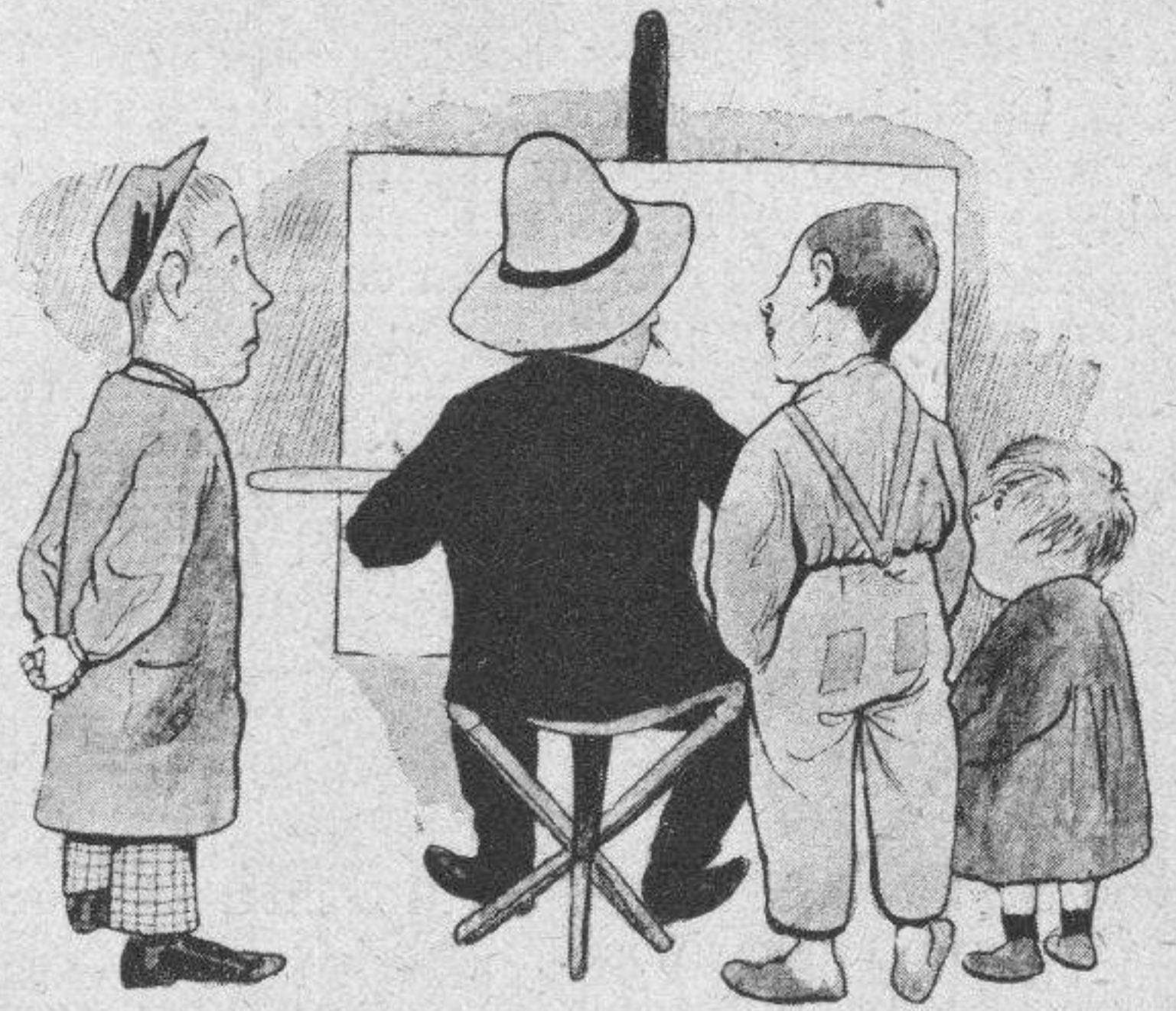
(y conste que no te engaño)
que, aunque te parezca extraño,
fuera mejor para mí
sacarte de pila á tí...
siendo la pila de baño.

MANUEL LASSA Y NUÑO.

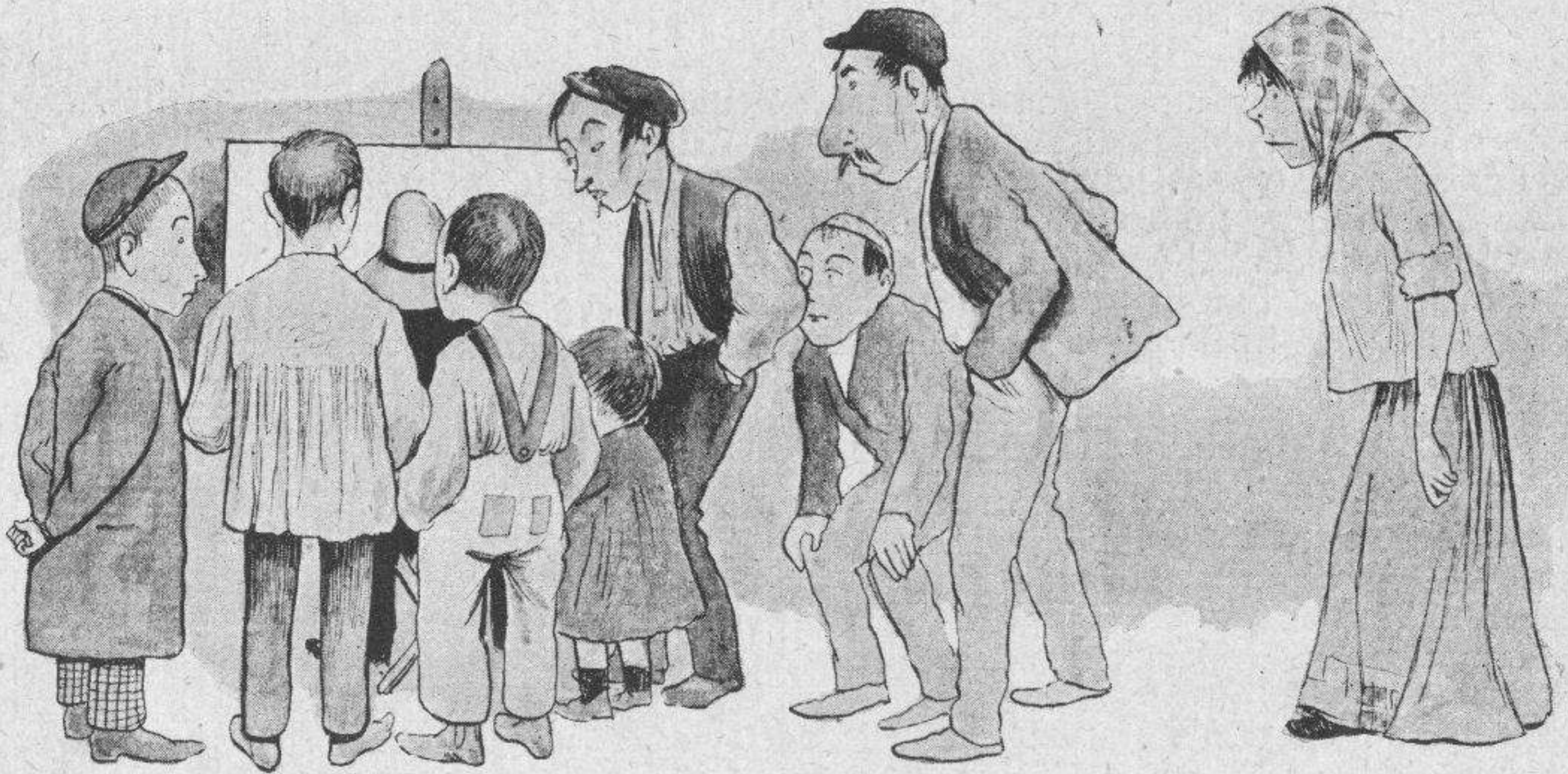
¿QUÉ PINTARÁ



1—¿A ver?



2—¿Qué será lo que pinta?



3—.....



Xantaris

4—¡¡ Cielos !!

Crónica

La crisis no se resuelve por ahora.

Así nos lo manifiesta la prensa, más enterada de los propósitos del Gobierno que de las opiniones de Martínez Campos.

Las Cortes se cerrarán en cuanto el mismo Gobierno apruebe en ellas todos sus dictámenes y proyectos.

A Cánovas le importa un comino el retraimiento de las oposiciones, porque con Morlesín solo, es capaz de aprobar todo lo que le convenga.

Un hombre que tácitamente ha aprobado la conducta del duque de Tetuán, sería capaz de aprobar también a aquel estudiante que examinándose de Trigonometría y habiéndole preguntado el profesor qué cosa era característica, respondió serenamente:

—La actriz que hace los papeles de vieja.

* * *

No hay cuidado, según Mencheta, de que por ahora nos quedemos huérfanos de un Gobierno tan cariñoso.

Hasta Octubre, lo menos, no habrá crisis.

Es decir, que si los baños nos prueban, como es de esperar, quedaremos libres de granos, de reuma y de conservadores.

* * *

La comisión norte-americana (con perdón) encargada por Mac-Kinley de informar al Gobierno *yankee* (¡ustedes dispensen!) de la situación en que se hallan los súbditos de aquel país residentes en Cuba, no ha podido excederse en el ejercicio de sus funciones, gracias á la energía (ó á las energías, como se dice ahora) del cónsul español en Filadelfia, que acompaña á dicha comisión.

La conducta del señor Congosto se ha visto aquí *con gusto*.

Porque es el primer representante de España que no se anda con *filadelfias*.

* * *

La Exposición de pinturas inaugurada en la Corte, no ha tenido el éxito que se esperaba.

Según la crítica, son pocos los cuadros buenos.

Es opinión general que abundan los asuntos fúnebres.

Pero el cuadro más triste es el que presenta España, *expuesta* por los conservadores á difíciles y duras contingencias.

Los fusionistas creen que está mal colocado, y que ellos lo pondrían en sitio en que le diera bien la luz.

Y precisamente *luz* es lo que nos falta, según se desprende de la lectura de los presupuestos.

Sin embargo, el señor Navarro Reverter piensa abrir una claraboya con el cupo de consumos y el arriendo del petróleo.

¿Del aceite mineral
la nueva *luz* se ha de hacer?
¡Pues entonces vendrá á ser
una luz artificial!

* * *

En Madrid sigue la racha de bofetadas.

Después de la que recibió en el Senado el señor *Comas*, se han dado nuevas ediciones en otros *puntos*.

La segunda *tuvo lugar* en las Salesas y en la mejilla de un abogado ó *procurador*, no recuerdo bien.

La tercera, ó terceras (porque creo que fueron mutuas) se las dieron y devolvieron dos conocidos jurisconsultos en el Colegio de abogados, al tratar del reparto de cuotas para la contribución.

Pero no se repartieron cuotas, sino bofetadas; y lo único que pusieron á *contribución* los contendientes fueron sus respectivos rostros para recibirlas.

Por lo visto, la gente de toga no puede discutir sin togar, digo, sin tocar.

Es verdaderamente sensible que nos vengan los malos ejemplos de las clases que deberían darlos buenos.

Porque si los que tienen la ley en la mano, como quien dice, la sueltan en casos extremos para dar bofetadas, ¿qué vamos á hacer los que no sabemos de leyes más que lo que nos enseñan ellos?

Pues seguir el ejemplo tomándonos la justicia por nuestra propia mano; con lo cual los catalanistas realizarán una conquista en la legislación española.



Belleza oriental

Porque por ese camino se restablecerá la *Justicia catalana*.

Conocido el sistema que emplean los jurisconsultos para resolver las cuestiones, don Crisanto, que iba á poner pleito á un pariente suyo, por una herencia, ha desistido de su propósito.

—No pongo mis asuntos en manos de un abogado—decía el buen señor— hasta que pase esta racha.

—¿Por qué, D. Crisanto?

—Porque si los pongo *en manos* de un abogado, se lleva la herencia mi pariente, que se llama *Carrillo*.

JUAN DE LA CRUZ FERRER.



En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: después de ocuparme de los demás, es bien que me ocupe un rato de mí.

Oigan ustedes.

Sin alharacas y sin bombos que á nada conducen, sin anunciarlo previamente siquiera, hace ya cinco meses que LA SAETA viene imprimiéndose en papel mate de clase superior, fabricado expresamente para nosotros.

Los que saben el sacrificio pecuniario que esto representa, habrán notado asimismo que LA SAETA es hoy por hoy el periódico mejor presentado entre todos los de su índole, tanto por la inmejorable calidad de sus grabados, como por el cuidadoso esmero de su tiraje. Es, además, el que, en igualdad de precios, da más lectura de todos.

Hemos cumplido, pues, en lo que toca á la parte material de la publicación, los propósitos que nos animaban al empezar el año; cumplimiento con el cual no hemos hecho otra cosa que corresponder en la medida de nuestras fuerzas á la innegable y creciente bondad de ustedes para con nosotros.

Esto por lo que concierne á la parte material del periódico; como quien dice, al continente.

Por lo que respecta al contenido, LA SAETA poco á poco y sin precipitaciones innecesarias, tiene la intención firmísima de llegar á colocarse, por la índole y clase de su texto y de sus grabados, á la altura de los merecimientos de ustedes... que será llegar á mucha altura.

Para ello tiene ya entabladas gestiones y celebrará contratos que la permitirán dedicar preferente atención á la actualidad artística y literaria; sin descuidar por ello, antes al contrario, mejorándolo, el primitivo carácter del periódico.

Todo ello contando, como cuenta, con el apoyo y la benevolencia de ustedes.

Que Dios me conserve por muchos años para bien de todos. Amén.

—♦—

En un despacho:

—Diga V., joven: ¿expenden Vds. pasajes para el Brasil?

—Sí, señor.

—Diga V., joven: ¿se hablará del asunto del duque de Tetuán en el Brasil?

—No, señor.

—Joven, apreciable joven; ¡deme V. en seguida un pasaje de tercera para el Brasil!

Correspondencia

A. D.—Santander.—No; me parece que no tendrá V. la onrra de verlas *hinsertas*. Por lo menos, mientras no mejore V. de *hortografía*.

Carrascas.—Es el caso ¡oh joven! que el verso
al pie de tu ventana

debe estar ahora en la edad del desarrollo... y no ha llegado todavía á octosilabo. Sentémonos y esperemos á ver si andando el tiempo...

J. H. O.—Madrid.—Ya habrá V. visto que ha perdido completamente la oportunidad. Y lo siento, porque me gustaba, ¡vaya si me gustaba!

P. P.—Reus.—No, señor.

Manolín.—Pues diez y ocho mil ejemplares *verdad*. De modo que ha ganado V. Y que por muchos años pueda V. salir vencedor en semejantes apuestas.

J. J.—Madrid.—No están mal, no señor. Pero francamente, no acaban de llegar á la talla y...

A. C.—Lo mismo digo, hidalgo.

Pajarón.—Madrid.—Cierto que esos cantares
son verdaderamente populares.

¡Como que á la abuela de mi abuelita se los cantaba ya su nodriza cuando quería dormirla!...

Fray Benigno.—Quizás en vuestro convento, ¡oh, padre! los versos

y contemplando la mar inmensa
que se pierde y se aleja en la lontananza

sean endecasílabos. Aquí, en medio del bullicio del mundo, hemos convenido ¡ay! en que no lo son.

Marigurripanstiperrimorrigurea.—Atrevidita. Y digo yo que con otro pseudónimo como ese, no necesitábamos original para llenar el número.

A. G. C.—Barcelona.—Colaborar desde luego y con agradecimiento por nuestra parte. Ahora, como pagar... no se pagan más que los originales que pide la dirección. Y aun de esos, no todos.

M. R. Ll.—Madrid.—Pues ni el asunto ni la forma acaban de agradarme. Y, francamente, al innegable talento de V. hay derecho á exigirle mucho más.

No son publicables (y juro á Dios que lamento que la falta de espacio me impida decir por qué) las composiciones ó dibujos con cuya remisión nos han honrado los señores M. M. M., Primoroso, C. C. y S. de P. (Barcelona).—M. U. (Madrid).—C. de las H. (Valladolid).—P. R. (Salamanca).—A. C. (Gijón), y Un baturro (Calatayud).

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA
Rambla del Centro, Kiosco número 3

* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año	17 »

Número corriente, 20 céntimos
Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, de Serra H^{no} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona